

cían ángeles, las he visto por desobediencia trocadas en demonios; religiosos para quienes el claustro era paraíso, los llevó la desobediencia al siglo, trocando su Edén por un mar de miserias; y religiosos y religiosas que reinaban sobre sí y tenían preparadas hermosísimas coronas en el cielo, perdieron por caprichosas y desobedientes el dominio sobre sí y la corona de la inmortalidad.

Esto sólo basta y sobra para que entendamos cuánta necesidad tenemos de la virtud de la obediencia. Por eso termino ésta con las palabras del Apostol que la encabezan: *Obedite præpositis vestris*. Obedece á tus preladas, que en esa obediencia está toda la perfección de la vida religiosa, como te dirá en otra tu afectísimo Padre,

FR. A.



XXXVI

LA OBEDIENCIA PERFECTA

Vir obediens, loquetur victorias.
El varón obediente cantará victorias.

PROV. 21. 28.

DEVOTA sierva de Cristo: De un santo fundador, que si mal no recuerdo, fué nuestro glorioso compatriota San José de Calasanz, cuenta su historia, que en cierta ocasión se acercaron á él sus más fieles hijos, pidiéndole que les diera por escrito algunos consejos de perfección religiosa, para llevarlos consigo y ponerlos en práctica. El Santo accedió gustoso á la petición, y tomando la pluma escribió en varios papeles estas palabras: ¡Obediencia! ¡obediencia! ¡obediencia!; y los repartió entre ellos, dándoles á entender con esto que en la obediencia bien practicada está toda la perfección y todo el mérito del religioso.

No se puede dudar que para ser santo es preciso agradar á Dios continuamente; que á Dios no se le agrada, sino cumpliendo su voluntad santísima; y que el religioso cumple la voluntad de Dios siempre que

practica la obediencia; de donde se sigue que la obediencia es el medio más seguro que tenemos los religiosos para conocer la voluntad de Dios y ponerla por obra; la senda más segura para subir al alto monte de la Santidad, el camino más llano para llegar á la perfección de nuestro estado; y por eso los santos que conocían á fondo estas verdades, pusieron tanto cuidado en la obediencia y la cumplían con una exactitud que á nosotros nos parecen exageraciones. Ellos conocían bien el valor de la obediencia, nosotros ignoramos en la práctica el valor de ese tesoro, y de aquí la diferencia que hay entre los santos y nosotros. Vamos, pues, á estudiar bien la naturaleza de esta virtud, ya que tan poderoso medio es para hacernos santos.

La obediencia es una virtud que inclina el ánimo á obedecer al superior legítimo, como representante de la autoridad de Dios, que ha dicho de ellos: El que á vosotros obedece, á mí me obedece; y el que á vosotros desprecia, á mí me desprecia. Hay, pues, en la práctica de esta virtud algo heroico, grandioso y ennoblecedor, porque heroísmo encierra el sujetarnos libremente por virtud á otro hombre; y ennoblecedor y grande es hacer ese sacrificio por unir nuestra voluntad á la voluntad divina, contribuyendo así por nuestra parte á mantener el orden y armonía que Dios puso entre Él y sus criaturas; mientras que por el contrario, en la desobediencia hay algo desordenado, maléfico, abominable, destructor y satánico, que tiende á perturbar la maravillosa armonía que Dios puso en todas las cosas visibles é invisibles.

Por eso la desobediencia mina por la base con su rebelión satánica á las Ordenes religiosas; al paso que la obediencia con su benéfico influjo les da vida, estabilidad y firmeza. ¡Dichosa por tanto la Orden cuyos individuos sean obedientes de verdad! y desdichada

aquélla cuyos hijos no estén unidos al Superior con el lazo precioso de la obediencia interna. La primera prosperará y brillará, como el arco entre las nubes del cielo; la segunda, como reino dividido, será desolada, y no se verán en ella más que discordias, rebeliones, decadencias, estragos y ruinas; y la desobediencia sentada entre los escombros y ruinas causados por la discordia y la rebelión podrá decir: Esta es mi obra de destrucción y de muerte.

De aquí la necesidad que tenemos de la virtud de la obediencia, fundamento de la Religión, porque tanto tendremos de religiosos, cuanto tengamos de esta virtud. Preciso es, pues, que hagamos mucho caso de cuanto á ella se refiere, no sea que después de tantos años de vida religiosa, sea nuestra religión infructuosa y vana. Por eso voy á presentar á tus ojos el retrato de un alma obediente para que te mires en él y veas si te falta algo.

El alma que de verdad es obediente ejecuta con prontitud todo cuanto se le ordena, persuadiéndose que lo ordenado es voluntad de Dios que ella lo haga. Cuando oye la señal de la obediencia que le llama al cumplimiento de sus deberes, no se entretiene en decir: ya voy, es temprano, tengo tiempo, luego iré; sino que deja lo que tiene entre manos y acude pronto á obedecer. Acompaña la obediencia externa con el afecto interior, acordándose que por amor de Dios renunció su propia voluntad, y por eso obedece tanto más gustoso, cuanto más repugnantes á su gusto son las cosas que se le manda. Obedece humildemente, como un buen hijo á su padre, sin buscar otro motivo de obediencia más que la obediencia misma. Obedece universalmente á todos sus prelados, no sólo á los buenos y afables, sino también á los discolos y molestos, como enseña San Pedro: á todos, ya sean prudentes ó imprudentes, per-

fectos ó defectuosos, sabios ó ignorantes, jóvenes ó viejos, de alta ó baja esfera. Y obedece con diligencia y sin demora, haciendo las cosas no á su gusto, sino á gusto de quien se las mandó. Tal es el retrato de un verdadero obediente pintado por mano de los Santos.

San Bernardo y nuestro seráfico Doctor San Buenaventura dicen además que la obediencia para ser perfecta, ha de ser pronta, ciega, alegre y generosa. Pronta, porque la tardanza en obedecer es obsequiar y dar gusto al diablo; y por eso el buen obediente cuando le mandan alguna cosa, aplica el oído para escuchar lo que le ordenan, prepara los pies para ir á cumplirlo y las manos para ponerlo por obra, llegando hasta dejar la letra comenzada por irse á obedecer y no perder un ápice del mérito de esta virtud. Y cuán grata le sea á Dios esta prontitud en obedecer, lo ha demostrado Él en muchas ocasiones con repetidos milagros.

Ciega debe ser también la obediencia, y esto quiere decir que no tenga ojos para ver ni examinar los motivos ni razones de lo que se le manda; ni quiera averiguar el por qué se le manda á él y no á otro, con qué intención se le ordena ésto y no aquello, porque el que estas cosas examina, no es perfecto obediente. La obediencia verdadera, como enseña el Doctor melífero, *curiositate carens*, carece de curiosidad, no examina por qué ni para qué, cómo ni cuándo. El único argumento que se le ofrece es el siguiente: ¿Es obediencia? luego es voluntad de Dios; luego es lo mejor que yo puedo hacer; luego no hay más que cumplirlo pronta y ciegame.

La tercera condición de la obediencia perfecta es que sea alegre, y esto quiere decir que se obedezca de buena voluntad, con gozo de alma y agrado exterior, sin quejas, desconfianzas ni murmuraciones, pensando

que los ángeles escriben en el libro de la vida aquel acto de obediencia, creyendo que aquello es lo mejor, lo que más nos conviene, lo más agradable á Dios y lo más meritorio que podemos hacer, porque en hecho de verdad, un acto de obediencia perfecta vale más á los ojos de Dios que muchas y grandes penitencias practicadas por voluntad propia. Y aquí se debe advertir que la tristeza que se siente, ó la repugnancia natural que experimentamos en la práctica de la obediencia, lejos de quitarle mérito á esa virtud se lo aumenta, si sabemos vencer esa repugnancia, y á pesar de ella cumplimos con lo mandado.

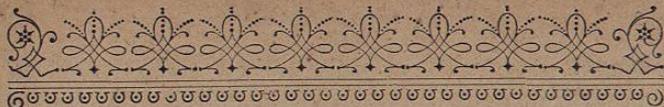
Por último, la obediencia debe ser generosa, sin mirar dificultades ni peligros, con ánimo de arrostrar todos los que se presenten y de ofrecer á Dios cuantos sacrificios sean necesarios para cumplir lo que Él ordene por medio de su representante. Esa generosidad es muy meritoria y muy grata á Dios, porque pone al religioso en manos de su prelado, para que disponga de él á la mayor gloria de Dios, colocándolo en el lugar, oficio, cargo ó sitio que más le acomode, seguro de que allí estará satisfecho, tranquilo y persuadido de que cumple la voluntad divina. Obedezcamos pues así, pronta, ciega, alegre y generosamente, que quien esto hace canta siempre victoria, según la promesa del Espíritu Santo.

Cuando á la obediencia religiosa le faltan algunas de las cuatro condiciones mencionadas, deja de ser perfecta y su imperfección arguye siempre falta en el religioso que la comete; porque la imperfección cometida es siempre efecto de la soberbia, de la vanidad, del respeto humano, de la pereza, ó de otro cualquier vicio que tiene raíces en el pobre corazón humano. Y lo peor de todo es que las faltas é imperfecciones en obedecer, si son repetidas, destruyen fácilmente el es-

píritu de obediencia y, perdido éste, el alma religiosa es nave sin timón ni gobernalle en el revuelto mar de la soberbia humana, expuesta siempre á peligro de perderse.

Por esto debemos acostumbrarnos á obedecer con perfección, no sólo á los prelados y superiores, sino también á nuestra Regla y Constituciones, verdaderas leyes de la Religión, obligatorias á todos y á cada uno de sus miembros respectivamente, porque fueron hechas para regir nuestros actos y unirlos á un fin determinado con los lazos de la obediencia. La trasgresión de la Regla y Constituciones es tan culpable á los ojos de Dios, como la desobediencia al Superior, y por lo mismo debemos sujetarnos á ellas con la misma sumisión y practicarlas con el mismo espíritu de abnegación con que nos sujetamos al prelado, si queremos que nuestra obediencia sea perfecta. Y nos importa tanto que lo sea, que sin ella jamás seremos buenos religiosos: á fin, pues, de que evites los defectos y faltas contra esa virtud, te hablará otro día de ellos tu afectísimo Padre,

FR. A.



XXXVII

FALTAS CONTRA LA OBEDIENCIA

Sunt multi inobedientes, vaniloqui et seductores.

Hay muchos desobedientes, habladores de vanidad y seductores.

AD TÍT. I. 10.

CARÍSIMA en Jesucristo: Quedamos en dedicar la presente á tratar de los defectos y faltas que suelen cometerse contra la obediencia; y para tomar las cosas desde su origen, quiero comenzar la presente por la fuente y raíz de donde nacen esos defectos. El Espíritu Santo nos dice que en la soberbia tuvo principio todo mal, y pues la desobediencia es un mal tan grande, claro está que tendrá su raíz en ese vicio capital, fuente de donde manan todos los males.

El espíritu de soberbia lo invade todo, reviste todas las formas y se adapta con facilidad á todas las miserias del corazón humano, como se adapta el agua á tomar la forma y figura del vaso donde se echa. A veces se presenta en forma de *antipatia* natural ó de *prevenciones* contra el superior: á veces se manifiesta envuelto en *pretextos*, *excusas* y *dobleces* para librarse de la obediencia; á veces se vislumbra entre *críticas* y *murmuraciones* sobre lo mandado; á veces toma la forma de *tristeza*, *displacencia*, *enfados voluntarios* y *flo-*

edad en obedecer; á veces se convierte en *rebeldía enmascarada*, obedeciendo exteriormente y resistiendo con el interior; y, por último, toma hipócritamente el traje de la virtud y obedece con solicitud, pero por salirse con la suya, por amor propio, por captarse la voluntad del superior, para que éste condescienda con él en otras cosas. Defectos son los mencionados que atacan directamente á la obediencia y debemos estar prevenidos contra ellos para hacerles guerra á muerte, sin darles jamás tregua ni cuartel, porque de lo contrario nos exponemos á perder el mérito de la obediencia y á ser hojas secas en el árbol frondoso y bendito de la Religión. Ya ves, pues, mi buena Margarita, cuán ancho campo descubrimos desde aquí y cuánto nos interesa tratar bien de este asunto para librarnos de las faltas contra la obediencia santa.

Para todos esos defectos hay un remedio común y universal, que es la humildad; porque como todos ellos nacen del espíritu de soberbia, todos se curan con el espíritu de humildad, que es su contrario. Y á la verdad, si fuéramos humildes de corazón, no seríamos desobedientes ni tendríamos faltas contra esa virtud; pero la humildad entra por muy pequeñas dosis en la constitución del hombre prevaricador; desde su prevaricación le es repulsiva la humildad, á pesar de serle muy necesaria; y por eso es menester dársela envuelta en la capa de la conveniencia propia, como se dá al enfermo la quina envuelta en capa azucarada para que la tome sin repugnancia. Vamos, pues, á propinar en esa forma la medicina á nuestra enferma naturaleza, empezando por mostrar cuánto nos interesa librarnos de los defectos contra la obediencia.

Primeramente nos va en ello la paz del alma: el religioso que obedece con perfección está siempre alegre y tranquilo; y el que tiene defectos en obedecer,

siempre ha de andar inquieto y turbado. La obediencia santa es voluntad de Dios que la cumplamos; y ¿quién resistió jamás á la voluntad de Dios y tuvo paz en su alma? Esto preguntaba el santo Job, porque estaba seguro que la desobediencia y la paz del alma se excluyen mutuamente como la luz y las tinieblas. En segundo lugar nos va el corto caudal de nuestros méritos, porque obedeciendo con perfección adquirimos nuevos tesoros y desobedeciendo ú obedeciendo mal, perdemos los ya adquiridos. Y ¿quién habrá tan necio que, puesto en el trance de perder ó ganar, opte por la pérdida antes que por la ganancia? En tercer lugar, la obediencia perfecta hace al religioso casi impecable, en frase de San Jerónimo; y ¿qué cosa puede interesarnos en la vida tanto como ésta? ¡Ahí es nada! ¡ser casi impecable! ¡Bendita obediencia la que tiene tanto poder! Ella es excusa segura delante de Dios, como dice San Juan Clímaco; porque, si Él me preguntare en el juicio:—¿Por qué hiciste esto?—y yo le contesto con verdad:—Señor, por obediencia,—esta excusa me salvará; porque, si la cosa no estuvo bien mandada, el Superior dará cuenta de ella y no yo, que sólo debí obedecer en lo que no conocí haber ofensa de Dios. Finalmente, en obedecer con perfección nos va nada menos que la corona de la gloria, y con esto se dice todo; porque dar entrada en nuestro corazón á las faltas contra la obediencia, es ponernos en camino de ser desobedientes y perdernos para siempre, por lo cual jamás nos guardaremos bastante de esas faltas y defectos.

Estre éstos ocupan el primer lugar por su malicia las *prevenciones* y *antipatías* contra el superior ó contra lo que él manda. Una de las armas con que más guerra nos hace el demonio y más victorias consigue en los claustros es esa *antipatía*, esas *prevenciones*, sos-

pechas y *juicios* contra el superior, porque son á manera de fuego que reduce á polvo el lazo precioso de la obediencia. La *antipatia* nace siempre de soberbia ó de envidia; de lo primero, si uno se juzga más favorecido que el otro en dones de naturaleza; y de lo segundo, si sucede lo contrario; y en ambos casos, ¡ay de la religiosa víctima de cualquiera de esos vicios! porque ellos trocarán la antipatia en aversión, y ésta acabará con la obediencia y con todas las demás virtudes.

Las *prevenciones*, *sospechas* y *juicios* contra la obediencia nacen casi siempre de un corazón maleado y lleno de miserias. El hombre caído tiene la negra fatalidad de colocar fuera de sí sus propios deseos y pensamientos, atribuyéndoselos á los demás; tiene la maldita inclinación de medir á los otros con su propia medida, de juzgar por su corazón el ajeno; y como el suyo es tan ruín y miserable, que puesto en lugar del Superior obraría con fines torcidos y miras aviesas, juzga y sospecha que el Superior obra del mismo modo llenándose de *prevenciones* contra él y echándolo todo á la peor parte. ¡Oh qué miserablemente se porta la religiosa que esto hace, y cuán nauseabundo debe ser su corazón á los ojos purísimos de Dios! Del fondo de su miseria brotará bien pronto, si ya no ha brotado y crecido la repugnante aversión y el triste descontento que harán de su vida una vida de infierno.

A las *prevenciones*, *sospechas* y *juicios* siguen, como la consecuencia á sus principios, ó como la soga al caldero, las *críticas* y *murmuraciones* contra lo mandado ó contra quien lo manda. Esta es la peste de la religión, cosa tan aborrecible para Dios, que en la Escritura santa dice Él que la detesta y abomina con toda su alma. Sembrar discordias entre los hermanos ya es cosa detestable para Dios, porque va contra la caridad; pero sembrar y fomentar discordias contra los prela-

dos, en lo cual juntamente se falta á la caridad y la obediencia, es cosa tan abominable que Dios no la puede sufrir y la toma como ofensa hecha á sí propio, según aquello de Jesucristo: *Qui vos spernit, me spernit*. Y para incurrir en la indignación divina no se necesita en esta materia grandes cosas, ó, mejor dicho, bastan cosas que son tenidas por pequeñas entre religiosas habladoras y poco escrupulosas. Está una monja muy contenta con su oficio y obediencia, fiándose de su Prelada, pensando muy bien de ella y teniéndole la estimación y cariño que como prelada merece; y viene la otra murmuradora y suelta una palabrita, como quien no dice nada, y con esa palabra desprestigia á la Superiora y arranca del corazón de la súbdita el aprecio, la confianza, la fe y el amor que tiene á su prelada, sembrando en lugar de eso, *sospechas*, *malicias* y *desconfianzas*. ¿Piensas que la palabrita que causó tanto mal era culpa leve? Pues no, que es grave y muy grave, aunque sea verdad lo que dijo. ¿Qué sería, pues, si lo dicho no es cierto, sino sólo malicia y sospecha de su avieso corazón?

Tratándose de esto, dicen los Santos que jamás digamos á nadie nuestras *sospechas*, y, si es preciso comunicarlas ó confesarlas para pedir consejo, que ni al confesor digamos el nombre de la persona contra quien se dirigen, para no ponerlo en el peligro de sentir la misma tentación que á nosotros nos combate. Y siendo esto así ¿hay religiosas que tengan valor, no sólo para juzgar mal, sino para criticar y murmurar contra la obediencia y las preladas? ¡Oh, y á qué tiempos tan tristes hemos llegado! No sólo se hace eso, sino mucho más. En algunas comunidades, no sólo está picado el fruto, sino secas las ramas y podrido el tronco del árbol santo de la religión; y ¿qué digo el tronco? hasta la raíz está dañada, tan dañada que sólo el poder divi-

no puede hacer el milagro de que brote nuevamente y dé frutos de virtud. ¿Nó son los noviciados la fuente y raíz de las comunidades? ¿Y nó hay noviciados donde las alumnas oyen murmurar de las preladas y de sus mandatos? ¿Nó hay novicias que desde los primeros meses se ven solicitadas por las prefeas á formar en el bando de la Superiora ó en el otro, como si el convento fuera un parlamento liberal, donde unas viven de la oposición y otras del mando, hasta que se vuelven las tornas? ¡¡¡Horror!!! Esto pasa, y donde pasa, ha entrado ya la maldición de Dios y el espíritu de rebelión domina á sus anchas.

Estos efectos tan horribles, estos tremendos estragos, tienen su principio en las *antipatías, prevenciones y envidias*; chispas que, si no se apagan pronto, hacen de las comunidades donde prenden un campo de Agramente, un incendio espantoso de aversiones y rencores, una imagen del infierno y un camino seguro para ir á él. ¡Cuántas infelices religiosas habrán caído en sus abismos corriendo por esa vía! Librenos Dios de semejante desgracia y aleje de nuestro corazón y de nuestra mente las prevenciones y los celos, principio de tanto mal. Ahogüemos en nuestro corazón esas pequeñas faltas; arranquémoslas de raíz antes que crezcan y seamos dóciles de corazón, dispuestos siempre á cumplir la obediencia, sabiendo que en ella no nos sujetamos á la criatura, sino al Criador; y que cuanto más pobre y de más baja esfera es la persona á quien por amor de Dios obedecemos, tanto la obediencia es más meritoria y á Dios más agradable, como dice nuestro Seráfico P. San Faancisco.

Y basta por hoy: de los otros defectos contra la obediencia, hablaremos otro día. Adiós, y pide por tu afectísimo P.,

FR. A.



XXXVIII

MÁS DEFECTOS CONTRA LA OBEDIENCIA

Obedite... in simplicitate cordis vestri, sicut Christo.

Obedeced... con simplicidad de corazón, como obedeceriais á Cristo.

AD EPH. VI. 5.

RESTIMADA Margarita: Labor ingrata y tarea pesadísima es para mi tratar de los defectos contra la obediencia; pero lo prometí en mi última y me precisa cumplirte la promesa! De las antipatías, críticas y murmuraciones bastante hemos dicho; y de la rebeldía enmascarada que obedece exteriormente, resistiendo con el interior á lo mandado, de esa sólo tengo que decirte que no es un simple defecto contra la obediencia, sino pecado formal y verdadero contra ella. Mostrar desagrado, tristeza ó enfado por lo que á uno le ordenan, es también falta muy considerable, sobre todo si eso da motivo para que el Superior deje de mandar; y de intento he dicho mostrar desagrado ó tristeza, porque sentirlo solamente no sólo no es falta sino que puede ser causa de un vencimiento grande y de un acto de virtud heroico.

Los pretextos y excusas para librarse de la obe-